

EXPERIENCIA DE ORACION LITURGICA CON EL PUEBLO

“Celebrarán allí mismo, como puedan...”

(Regla Benedictina, 50)

HNA. LUCIA PARREIRAS HORTA O.S.B.

MONASTERIO DEL SALVADOR - BAHIA. BRASIL

INTRODUCCION

Han pasado diez años. 7 de septiembre de 1983, momento nuevo para la Iglesia de Dios que está en la periferia de Salvador (*Bahia*), Brasil. Cuando en el centro de la ciudad se termina la tradicional parada militar por la Independencia del país, el pueblo de los suburbios sube la colina de Coutos para lo que uno de los laicos presentes calificó como verdadero Bautismo de un templo: la Dedicación del monasterio de las monjas benedictinas.

La alabanza divina se comenzó en 1981, cuando el traslado de la comunidad al local definitivo encuentra su momento culminante, después de tres años y medio de espera. Etapas: 1977, salida del grupo fundador de Belo Horizonte, centro del país, hacia el nordeste, respondiendo a la llamada de la Iglesia local, concretización del proyecto que nace en tiempos de la preparación de Puebla. El deseo es de un monasterio benedictino en el medio popular, presencia estable de oración y acogida, señal permanente del ENMANUEL, Dios con su pueblo. El lema de la comunidad es programático: *“Esperamos al Salvador”*, el que corta las ataduras del corazón humano, revela la libertad gloriosa de los hijos de Dios, utopía del Creador, que se acerca invitándonos a caminar con él y a construir la célula del Reino a nuestro alcance.

Movimientos; llegada al nuevo lugar social, factor determinante de la gestación de la comunidad. Coutos: “*¿Puede salir de ahí algo bueno?...*” Lugar en el que la bahía de Todos los Santos alcanza uno de sus puntos altos en belleza natural, con ensenadas e islas. Coutos, con mala fama, que ahuyenta turistas y moradores de la ciudad por una violencia cuyas primeras víctimas, niños, jóvenes y mujeres marginadas claman a los cielos pidiendo días de paz. Situación diferente a la de veinte años atrás, suburbio tranquilo, modesto, de trabajadores, profesores, pequeños comerciantes, barrio ahora convulsionado por el crecimiento poblacional de 100%, causado por el desplazamiento de familias venidas de puntos “*nobles*” de la ciudad, aglomeradas en las invasiones —favelas— con toda gama de problemas sociales. La comunidad benedictina llega ahí en el inicio de la explosión demográfica y testimonia la onda de violencia que sacude el barrio. La primitiva parroquia es desmembrada en otras tres, con innumerables capillas, comunidades de base: CEBs.

EL SANTUARIO

En Coutos es donde está la iglesia consagrada diez años atrás. Quiere ser el oratorio, lugar de reverencia para con Dios, como pensó el patriarca S. Benito⁽¹⁾, lugar de sumo silencio en medio del constante ruido del suburbio, puerta abierta a todos los que desean entrar y orar simplemente. Iglesia donde se alabe al Señor, en la salmodia saboreada, en el canto alegre por la certeza de la fe: “*Creemos que la presencia divina está en todas partes... creemos en eso, sin duda alguna, cuando estamos presentes en el Oficio Divino*”⁽²⁾.

Retomando el día 7 de septiembre... el pueblo acude de todas las CEBs de la periferia de Salvador. Impresiona el número, el entusiasmo. El templo se hace pequeño y muchos acompañan desde fuera el desarrollo de la celebración, sus gestos, símbolos. Vibran en los cantos, conocidos, también en el silencio profundo que se alterna. Al final, el Santísimo es colocado por primera vez en el sagrario, presencia del Salvador sacramentado, muchas veces después adorado. El pueblo se retira feliz, renovado, comprendiéndose mejor como templo vivo de Dios: “*¿No saben que son un templo de Dios?*”⁽³⁾.

La primera experiencia litúrgica, primera en calidad, vivida por la comunidad monástica inserta en el medio popular, es la oferta del lugar sagrado, señal de presencia de Dios entre el pueblo. La construcción de la

(1) Cf. Regla Benedictina, cap. 52 (en adelante citada R.B.).

(2) Cf. R.B., cap. 19

(3) 1 Cor. 3, 16.

iglesia y su Dedicación aporta nueva luz sobre lo que ya había sido vivido antes, la celebración de la Eucaristía y de las Horas en la capilla provisional.

En el primer aniversario de la Dedicación de la iglesia del monasterio, se realiza la peregrinación anual nocturna de los vecinos de las zonas cercanas al suburbio. Esta peregrinación (*caminhada*) de todas las parroquias durante la noche, en medio de cantos, oraciones, lecturas bíblicas, revigora la fe, estimula la esperanza. En la iglesia nueva, las monjas permanecen en vigilia con un grupo de fieles. Se celebra la Oración Nocturna, Oficio de las Vigilias, lentamente, de modo que se permita a los laicos la asimilación más fácil. Cada salmo es introducido por una monición y seguido de alguna forma de interiorización como repetición del texto, canto de estribillos u oración de actualización. A la madrugada los caminantes empiezan a llegar en clima de fiesta, trayendo “*faixas*” y pancartas. Con la iglesia repleta se da comienzo a la Celebración Eucarística concelebrada por los sacerdotes de la zona y presidida por uno de los obispos auxiliares. Al final, tiene lugar un ágape fraterno con la distribución del pan, momento un tanto confuso, hasta que, al salir el sol, el pueblo vuelve a sus casas y el monasterio retoma el silencio habitual.

La iglesia del monasterio será muchas veces punto de referencia para las parroquias del suburbio como CASA DE ORACION. Se siente que “las celebraciones litúrgicas (de toda especie) propician una verdadera experiencia de Dios en una perspectiva comunitaria y eclesial”⁽⁴⁾. La comunidad monástica que celebra allí diariamente es la que garantiza la presencia de Dios para quien pasa, llegando a ser la colina de Coutos uno más de los santuarios significativos del estado, como la Sagrada Colina del Buenfín y el Santuario de Buen Jesús de la Lapa, en el interior.

CASA DE ORACION

La integración con las parroquias vecinas encuentra una de sus más fuertes expresiones en el día de Corpus Christi, cuando la parroquia de N. Sra. del O' de Paripe viene en procesión teofórica para participar en una Hora Santa orientada por las monjas. Respondiendo a la expectativa de que los monasterios sean escuelas de oración, las monjas procuran unir elementos de la espiritualidad popular como gestos de adoración, cantos tradicionales, letanías, con la oración de los salmos y los momentos de silencio, elementos de la oración monástica que calan hondo en el corazón del pueblo. Impresio-

(4) Cf. CNNB, Doc. 45, 184, citado en el “Comunicado de la Semana Nacional de Pastoral Litúrgica”, Brasilia, marzo, 1993, en *Revista Eclesiástica Brasileira*, fasc. 210, junio (1993), págs. 420-427.

na la calidad de la presencia de la asamblea, la ausencia de prisa, la disponibilidad para la alabanza. Actitudes también constatadas durante las Vigilias de noches enteras realizadas una o dos veces por año, que cuenta con presencia masiva del pueblo, especialmente de las mujeres, hasta con hijos pequeños, que terminarán siendo vencidos por el sueño, pero que nunca cuestionan el participar. La respuesta a la propuesta de oración es generosa, señal de la profunda búsqueda de Dios del pueblo del nordeste brasileño, a pesar del proceso de secularización y de las condiciones adversas de vida.

El Día Mundial de Oración por las Vocaciones es otro punto alto anual. Acontecimiento a nivel de la zona, congrega las diez parroquias en la oración por los jóvenes vocacionados a los diversos ministerios, reuniendo jóvenes y menos jóvenes en la intercesión. La estructura de este tipo de celebración se inspira en la de la Eucaristía o de la Liturgia de las Horas. Se comienza con un canto que congregue a la asamblea y que destaque el ministerio celebrado. Siguen lecturas bíblicas que, a veces, se dramatizan o se prolongan en algún tipo de interiorización o actualización del texto para HOY. Las primeras lecturas serán de carácter penitencial y la revisión de vida con petición de perdón será siempre un momento creativo. Símbolos como el quemar papeles donde cada uno escribió sus pecados, lavar las manos o hacer aspersión de agua en profusión, reproducir gestos de liberación en expresión corporal, ayudan a comprender la liberación obrada por Dios en su pueblo por medio de Jesucristo. Uno de los símbolos más recientes utilizados fue una gran cruz de madera que poco a poco se fue recubriendo de carteles, los “pecados” que pesan sobre el pueblo. Después de las peticiones espontáneas de perdón, la cruz fue colocada al lado del altar donde permaneció hasta el fin de la celebración. Se siente como *“las actitudes y gestos corporales en la Liturgia, hechos en el Espíritu, nos van modelando poco a poco, a imagen y semejanza de Jesucristo, van imprimiendo en nosotros progresivamente la actitud del propio Jesús: de escucha, de misericordia, de solidaridad, de profecía y coraje, de amor”*⁽⁵⁾. Además de la escucha de la Palabra y revisión de vida, se realizan momentos de intercesión, sea en forma de Letanías, apreciadas por la espiritualidad popular, sea de forma más espontánea. Base para la alabanza y para la profesión de fe son el Gloria y el Credo. La recitación del Rosario contemplado en sus misterios nunca falta. María, invocada bajo títulos plurales, es presencia obligatoria en la devoción del pueblo brasileño.

Las celebraciones recuperan lo simbólico, tornan viva la certeza de que celebrar es arte, pidiendo calor humano, opuesto al frío de los actos mecánicos. La masificación impuesta por los medios, el trabajo impersonal que es el

(5) Cf. CNBB, Doc. 45, 91.

de la mayoría del pueblo simple, encuentra aquí un espacio compensador de reencuentro de la dignidad personal. Por la dinámica de la alabanza y de la adoración el YO profundo es tocado y se realiza el doble movimiento de la Liturgia: glorificación de Dios y santificación de la persona humana.

Se puede constatar que una de las misiones del monasterio es la oferta del espacio sacral para vivir la fe. La iglesia monástica —el “*oratorio*”— indicado por la Regla Benedictina en el capítulo 52 puede ser el espacio de alimento de la experiencia de Dios, experiencia personal y comunitaria. No se trata siempre de ejecutar salvajemente un rito, sino de celebrar de forma inculturada con base en los formularios oficiales, excepto en lo tocante a la Celebración Eucarística, donde la creatividad encontrará sus límites.

EL DIA DEL SEÑOR

La Eucaristía dominical es el punto alto litúrgico de la comunidad, inclusive de su integración con el pueblo. Habiendo quedado claro desde el principio que no era posible adoptar el canto gregoriano los domingos, es usado cuando la comunidad celebra sola. La asamblea compuesta por el pueblo de la periferia, analfabeto y poco acostumbrado a expresiones más elaboradas, lo impide, con pocas excepciones, en las cuales se explica el texto, bien como la forma musical en su valor de Tradición, casi sacramental.

Jóvenes y niños en su mayoría, adultos y algunos ancianos, la asamblea regular de la Misa dominical representa bien la composición actual del pueblo brasileño. Para muchos será la forma de compromiso en la Iglesia local. Los que están comprometidos en la parroquia frecuentan la Misa del monasterio atraídos por la que dicen “*forma diferente*” de celebrar del monje sacerdote, por el ambiente de mayor silencio que favorece la oración y por el contacto con la comunidad de las monjas.

El primer aspecto es la acogida antes de la Misa hecha por las monjas, iniciando el diálogo con el pueblo e introduciéndolos en el tiempo litúrgico. Se suscitan las intenciones de la comunidad, motivos de acción de gracias y peticiones, recordando las intenciones más universales. Caso de que haya símbolos en la ornamentación de la iglesia, son explicados en ese momento. Se ensayan los cantos, resaltando cómo podrían alimentar la oración personal durante el resto de la semana. El Evangelio del día es comentado. Se escogen los que ejercerán alguna función especial en la celebración, como los que harán la ofrenda, lectores, integrantes de la procesión de entrada si fuera más solemne. Los niños se disputan el privilegio de recibir las ofrendas del pueblo en la hora del Ofertorio. En cuanto a los comentarios y la dirección

del canto, se los reservan las monjas. Caso de que alguno de los jóvenes “bata” el timbal —instrumento de origen africano— se integrará al acompañamiento con el órgano.

En general, la participación es intensa, especialmente en los cantos. Se percibe la fuerza comunitaria de la Celebración Eucarística, su exigencia de “*estar ahí*”, que lleva la exigencia de “*estar junto*”, dando pasos en la creación de verdadera comunidad de vida. Es el origen de los grupos de catequesis de niños y jóvenes, grupos de adultos, sea para rezar juntos, sea para asumir juntos obras en favor de los menos favorecidos del barrio. Es también a partir de la Eucaristía como surge la vivencia de otros sacramentos, especialmente el de la Penitencia, o la petición del Sacramento del Matrimonio por parte de los que no lo habían recibido aún. Se constata la fuerza evangelizadora de la Liturgia, una misión compatible con el estilo de vida monástico contemplativo.

Después de la Misa, la comunidad cumplimenta al pueblo por unos instantes en la puerta de la iglesia, de forma espontánea, cálida, bien conforme con la índole hospitalaria del pueblo bahiano. Momento de la palabra personal, se puede extender hasta los locutorios del monasterio. Aunque rápida, es una forma de concretizar la directriz del patriarca S. Benito en la regla de vida: “*Recibidos los huéspedes, sean conducidos a la oración y, después, siéntese con ellos el superior o quien éste ordene. Léase delante del huésped la ley divina para que se edifique y después de eso ofrézcasele un trato lleno de humanidad*”⁽⁶⁾.

Decíamos que la Eucaristía es punto alto. Se hacen necesarias concesiones, sea en cuanto al estilo del canto, sea en cuanto a vivencia de la clausura, de forma más flexible y comprensible al pueblo local, hospitalario por naturaleza. Adaptaciones hechas en el espíritu de inculturación ayudan a crear el ambiente de comunión fraterna, oración y acogida y el propio diálogo con Dios. Ayudan a “*descubrir que, conmemorando el misterio pascual de Jesucristo, servimos a los hombres y a la sociedad*”. Recuerda “*que el descanso dominical es liberación y alegría, es recordar la creación en Cristo, día del Hombre que busca vivir la libertad*”⁽⁷⁾.

Permanecen, con todo, algunos desafíos. El primero es la asimilación de la Palabra de Dios. ¿Hasta qué punto es asimilada dentro del cuadro de la celebración? ¿Serán suficientes la proclamación de la Palabra y la Homilía? ¿Será recordado por la asamblea el contenido de las lecturas en el domingo siguiente? Otro desafío es el de que la frecuencia en visitar la iglesia del

(6) Cf. R.B., Cap. 53.

(7) Cf. *Comunicado de la Semana Nacional de Liturgia*, o.c.

monasterio no sea acompañada de alguna forma de trabajo comunitario, favoreciendo la práctica alienante de la fe.

Se nota también que, a pesar de que la asamblea es representativa del pueblo local, es difícil en ella integrar a los menos desfavorecidos, sobre todo los miserables, aquellos que se sienten desfasados, “*diferentes*”, por no poderse presentar de modo convencional. Algunos adolescentes llegan a manifestar ostensiblemente su disconformidad. Pero, la mayoría no se presenta, creando un camino fácil para las sectas, que, con sus pequeños templos, se instalan en el corazón de las favelas. Aquí la comunidad monástica encuentra su límite y necesitará brazos complementarios para ir hasta donde están los hermanos más marginados. Estos brazos pueden ser laicos, como, por ejemplo, oblatos seculares. Pueden ser religiosos, misioneros que estén en sintonía con el monasterio. El propio pueblo vecino partiendo en misión. Algunos gestos señalan el deseo de unión, como la Procesión anual de Ramos, iniciada en lo alto de la favela, con la participación de las monjas y de toda la asamblea dominical. Pueda el Cristo, Siervo Sufriente, establecer los puentes entre el pueblo más sufrido y la comunidad orante.

Otro desafío es el de algún grupo joven visitante que desea asumir completamente la liturgia dominical. La preocupación exagerada por la ejecución musical, los instrumentos de sonido, muchas veces estridentes, junto a la falta de formación litúrgica adecuada, pueden crear situaciones delicadas. Lo que está en cuestión es la descaracterización de la liturgia monástica, que, incluso realizada en medio popular, tiene su estilo. Se impone el diálogo en busca de una integración feliz que armonice el grupo visitante y la asamblea regular.

LITURGIA DE LAS HORAS

En su más reciente libro “*God’s passionate desire and our response*”, el Padre William Barry, SJ, tiene un capítulo titulado “*¿Quién contará la historia?*”, en el cual cita a un autor judío que describe el día siguiente a su “*bar mitzva*”, la mayoría de edad del adolescente israelita. Contrastando fuertemente con el día de gloria y de luces, el joven encuentra una sinagoga vacía, oscura, donde un pequeño grupo de judíos ancianos se prepara para la oración cotidiana. Gracias a la intervención del padre, comprende que la espina dorsal de cualquier grupo religioso está en la permanencia diaria de la alabanza, sustentado por un pequeño grupo, cuya motivación pueda ser más o menos pura. Son éstos los que garantizan la continuidad de la Tradición, un “*contar la historia*” de generación en generación. El Padre Barry aplica la experiencia al testimonio silencioso del cristiano, que anuncia la Buena Noti-

cia a través de gestos simples de cada día. Podemos aplicarla también al testimonio de alabanza cotidiana de las comunidades orantes, pues la celebración de las Horas es la permanencia en la fidelidad de presencia delante de Dios en favor de la humanidad. Aunque siempre lo haga con las puertas abiertas, con los libros ofrecidos a quien llega, la mayoría de las veces la comunidad reza sola. Los horarios del Oficio Divino, en general, no coinciden con los del pueblo. Crece así aún más el riesgo de la violencia del barrio, mayor en horas muertas como el inicio de la mañana o al caer de la tarde. Alabando al Señor delante de una iglesia vacía, contrastando con los domingos y fiestas, la comunidad es llamada a una actitud de fe.

En nuestro país, las comunidades de base redescubren la Liturgia de las Horas y el valor orante de los salmos a través del nuevo libro, el "*Oficio de las Comunidades*", más accesible, por el número de salmos y su versión popular y por la utilización de cantos pastorales como himnos, responsorios y antifonas. Esfuerzo digno de aprecio por recolocar en las manos de los laicos lo que comenzó en sus manos, en las liturgias de las catedrales, que congregaban al pueblo para la oración en torno a su obispo. El Oficio de las Comunidades recupera esta riqueza de tradición orante de la Iglesia. Con todo, muy pronto las comunidades tuvieron su oficio propio, en profunda sintonía con la Iglesia Romana, pero desarrollando elementos nuevos venidos de las iglesias occidental y oriental, bien como de la fuente común, la tradición bíblica, la oración judaica. La reforma litúrgica del Vaticano II llevó a la revisión del llamado "*cursus*" de la regla benedictina, con la creación de cuatro nuevos esquemas de distribución de los salmos y cánticos, además de aprobar otros esquemas ya en uso.

Nuestra comunidad adopta uno de estos esquemas, con la distribución de los 150 salmos en 15 días, repartidos en las cinco horas canónicas. Después de experimentar el esquema romano a través del volumen titulado "*Oración del Tiempo Presente*" en los primeros años de fundación, la comunidad sintió crecer en sí el deseo de un oficio más largo y sustancial, mejor, que expresase la índole contemplativa que le es propia. Prevalece así la opción del Oficio que privilegia la comunidad monástica.

La hospitalidad litúrgica permanece sin embargo *meta*, lo que determina la preocupación por ofrecer los textos de la oración a quien quiera que se presente para unirse a la alabanza. Realizado en lengua vernácula, con melodías inspiradas en el canto gregoriano, el Oficio puede ser acompañado con facilidad por las personas hospedadas en el monasterio, visitantes, grupos que vienen a pasar el día. Todas, personas familiarizadas con el lenguaje bíblico y con el nivel escolar más elevado.

La participación popular propiamente dicha es pequeña, lo cual no deja de plantearnos interrogantes. El pueblo, esto es, los más necesitados, no

se reconocen en estos “*rezos*”. El pueblo más consciente de su fe, Pueblo de Dios, participa si tiene oportunidad, pero no encuentra motivación suficiente para acudir al monasterio, como la encuentra para la Celebración Eucarística dominical, o, hasta en los días entre semana, cuando celebra por alguna intención especial: aniversarios, fallecimientos... Quien reza con la comunidad es la persona que ya vive alguna forma de consagración en la Iglesia, los vocacionados en general y especialmente los candidatos a la vida monástica, para los cuales la Liturgia de las Horas suele ser altamente significativa.

La participación mayor de los grupos de visitantes es en la Hora del Mediodía. Para facilitar esta participación se escogen cantos conocidos como Himno de la hora o responsorio y antífonas, en el estilo de estribillo. Caso de que se conserve el Himno propio de la hora, se ensaya previamente con el grupo. Los salmos son introducidos por moniciones y se escogen formas de salmodia que integren activamente a los visitantes: alternancia salmista-asamblea, proclamación del salmo por un solista, por ejemplo. Se pueden introducir inteciones, espacio para la oración espontánea y un canto mariano concluirá la Hora, que coincide con el Angelus. Cuando la participación es en otras horas, se respeta el modo habitual con que celebra la comunidad, excepto en casos especiales.

A pesar de los límites vistos, la celebración de las Horas en rito monástico sigue siendo una inspiración para quien participa de ella. El ambiente de reverencia para con Dios⁽⁸⁾, toca la sensibilidad religiosa de muchos. Algunos llegan a expresar el bien que les hace asistir aunque sea de lejos a la comunidad que celebra. El canto más cuidado, el acompañamiento de los salmos con la cítara —el Psalterion— crea un ambiente definido por muchos como “*celestial*”. La celebración de las Horas es respiro en el camino, no sólo para la propia comunidad, sino también para los que se acercan a ella. La presencia de los laicos, por su parte, revigoriza el ardor de la alabanza. Algunas pocas comunidades monásticas del Brasil realizan la Liturgia de las Horas de forma más inculturada. Nuestra experiencia es de una celebración abierta, pero a la medida de la comunidad monástica.

CONCLUSIONES

Lo que se puede concluir de esta reflexión descriptiva es que la comunidad monástica, por su presencia en el medio popular, apunta al Absoluto de Dios y ofrece el espacio, el puente de relación con este mismo Dios. No

(8) Cf. R.B., cap. 20.

siempre las expresiones de este encuentro serán específicamente litúrgicas. En el campo de la Liturgia propiamente dicha podemos situar en primer lugar la Celebración Eucarística dominical y ferial, donde el pueblo se encuentra a gusto, descubriendo y revigorizando la fe. La iglesia monástica, en sí, es el símbolo mayor que les habla, por la belleza llena de simplicidad, por la acogida cualificada como acompañante. La comunidad orante —los que permanecen en la oración actúan como testimonios silenciosos del Emmanuel Salvador—, recogiendo las manifestaciones de alegría y de dolor, llevadas más tarde a la Alabanza Divina de las Horas, como eco de las palabras de los salmos.

Las fiestas serán el punto de encuentro mayor, bien sean estrictamente litúrgicas, bien bajo forma de celebración, dentro de la tenue separación entre lo que es litúrgico y lo que pertenece a las diversas formas de piedad popular. La fuerte inspiración litúrgica de estas celebraciones, la presencia de los ministros ordenados, hasta algunas veces del mismo obispo, le confieren gran peso. Es el Pueblo de Dios que **CELEBRA ALLI MISMO COMO PUEDE**, como le permiten los diversos condicionamientos antes contemplados, sobre todo, como le motiva la gran búsqueda de Dios que nada ni nadie hasta hoy puede quitar al pueblo que exclama en su peregrinar: "**DIOS ES MAS**".

Hna. Lucía Parreiras Horta O.S.B.